

aroma, ni en nuestros montes, ramos de fresco laurel para ofrecérselos como homenaje de admiración y de respeto, en este día en que todas ellas se agrupan en torno de su excelsa Patrona, coronada en la capital como Reina de Colombia. Ningún tributo más grato que el que rinde el hombre a la mujer, reconociendo el incontestable predominio del *eterno femenino*, de que habló el gran poeta germánico. Vosotras, en la aridez de la vida, lucís como las flores que esmaltan las grises llanuras castellanas, interrumpiendo el tono uniforme de las mieses con el azul matiz de los acianos y la roja mancha de las amapolas; para recordar al hombre que en medio de la aspereza de la lucha diaria, se levanta siempre la hermosura como una promesa y un galardón; y que a pesar de la prosa del trato humano, brota irresistible la eterna, la inmortal consoladora, la poesía.

EL CULTO DE LOS HEROES

(Del libro inédito *Educación Nacional*).

Quisiera que esta lección fuera un canto armónico y dulce que se grabara para siempre en los corazones, y no una prosa desmañada y fría. ¿Qué más grande y esplendoroso que un héroe? ¿Qué más atraente que un guerrero vencedor, o vencido con grandeza? Estos seres privilegiados ejercen extraña fascinación sobre las multitudes, y en todas las épocas los hombres les tienden alfombras de flores a su paso, ciñen sus sienes de laureles, y en contorno suyo conmueven los aires con el eco de sus aplausos. Los elogios de los santos se hacen en el claroscuro de las catedrales, a la luz de las lámparas, porque su vida se deslizó sin ruido y sin pompa; los elogios de los

sabios se ocultan en páginas de sonora mudez, que nos hablan de sus conquistas en el campo de la ciencia; a los poetas se les canta, y a los guerreros se les arrastra en vértigos de entusiasmo sobre carros de oro, entre el brillo de los aceros, el alarido de los clarines y el estrépito de los cañones.

Los héroes no trazan su historia, la viven. Las letras de su alfabeto son los millares de hombres vencidos por su espada, las falanges perplejas ante las combinaciones inesperadas de su genio, las ciudades enemigas abiertas de par en par al vencedor, las máquinas de guerra arrebatadas a capitanes adustos y soberbios. El filósofo tiene que esperar largo tiempo a que sus doctrinas pasen por el crisol de la crítica, no siempre justa, hasta el día en que las verdades que proclama salgan triunfantes de la rutina, la injusticia y la envidia; y cuando esto sucede, el solitario pensador, juzgado visionario en su tiempo, apenas merece la apoteosis tardía de un escaso número de inteligencias. Los triunfos del soldado son rápidos y deslumbradores como el rayo, que es su luz y su símbolo.

¿Habéis pensado en la batalla del Bárbula? Esa batalla es un efímero episodio en medio de las grandes batallas de la guerra de la Independencia; es apenas un punto luminoso glorificado por la muerte de un héroe! La cumbre del Bárbula es, en suma, un rápido relámpago a cuyo resplandor sólo aparece un grupo de soldados granadinos, un joven Capitán que en medio de ellos cae envuelto en la bandera tricolor, y como centro del cuadro, el Libertador decretando la apoteosis del mártir. Esa batalla fue la más costosa y la más bella para la juventud de la Nueva Granada, porque ésta alcanzó allí los inmarcesibles honores del sacrificio, sin los cuales no hay gloria; y a la vez se tronchó

también como una espiga granada una cabeza pensadora y rica en altos y risueños pensamientos. Con todo, como no hay grande y noble virtud sin recompensa, la muerte de Girardot iluminó con perennes resplandores las gallardas figuras de sus compañeros, Luciano D'Elhúyar, José María Ortega, Francisco de P. Vélez, Antonio Ricaurte ...

Y ahora imagináos a Bolívar, proclamado Libertador, conduciendo en triunfo a Caracas el corazón del joven adalid. Un héroe conduciendo el corazón de otro héroe. Jamás se había visto semejante género de apotheosis. Los emperadores romanos nunca idearon tan singular celebración de una victoria. Nada de orgullosos prisioneros atados al carro del vencedor; nada de príncipes rubios y reinas humilladas como trofeos del triunfo; nada que signifique la humillación del vencido! Y figuráos otra vez el estremecimiento producido en el alma de las multitudes por aquel insólito homenaje, cuya imagen dominante y refulgente es Bolívar, y apenas habréis adivinado la gloria de un guerrero.

Los pueblos aman a sus conductores y a sus héroes, porque ellos con el poder de su brazo, de su constancia y de su valor les trazaron una ruta a las generaciones venideras, los adoctrinaron con el proceso de su ejemplo, los fortalecieron para las luchas futuras, y les enseñaron cómo los grandes triunfos se alcanzan sólo merced a la perseverancia y a la fe, y cómo es necesario antes de subir a las cumbres haber rozado el corazón, hasta hacerlo manar sangre, contra la ingratitud, que es el lastre del entusiasmo, y contra las medrosas y rutinarias medianías, que son el más duro obstáculo a las grandes ideas y a las grandes transformaciones realizadas por los hombres. Y hay un hecho bastante observado, el cual consiste en que cuando una generación siente poco entusiasmo por los hom-

bres eximios que representan los momentos más grandiosos de la historia nacional, esa generación está en decadencia, y camina a largos pasos hacia la postrera decrepitud.

«No ignoro que hoy el culto de los héroes, dice Carlyle, a eso que yo denomino con esas palabras, parece haber desaparecido, y aun cesado de vivir. Por razones que será conveniente inquirir, la nuestra es una edad que niega, a lo que parece, la existencia de los grandes hombres, y ni siquiera aspira a que los haya.»

La historia colombiana en sus dos primeras etapas, la conquista y la colonia, sólo tiene para nosotros un interés relativo, y únicamente la guerra de la independencia solicita todo nuestro reconocimiento y nuestro estudio. La verdadera historia de Colombia en el orden de los hechos principia el 20 de julio de 1810, si bien, en el orden de las ideas, había dado comienzo mucho antes, a manera de visión distante, en el alma ardorosa de nuestros próceres. La historia de un pueblo es la de sus grandes hombres, han dicho Lamartine y Carlyle, y sólo siguiendo el curso de aquellas vidas luminosas y fecundas es como se llega a la síntesis admirable de la historia de un pueblo.

En el nacimiento de toda nacionalidad aparecen héroes epónimos que se destacan a media luz, entre la fábula y la historia, y llámense Viriato, el símbolo de la energía y el patriotismo español, o Guillermo Tell, el invencible arquero helvético, ellos son los que sirven de jalones en la marcha de un pueblo y encarnan las ideas de sus destinos futuros. Y labor demoledora y sin gloria sería la del crítico tenaz y sutil que quisiera hacer desvanecer con ridículos e inútiles argumentos esas sombras augustas que constituyen la piedad milenaria en los anales de cada país.

Pero si ya no se trata de esas hermosas figuras que como la del Cid, están delineadas con el tosco buril de las inteligencias embrionarias y las lenguas populares, y que se engrandecen e iluminan con el tiempo, sino por el contrario, de hombres que convivieron con generaciones que poco distan de la nuestra, no se explica el empeño de algunas pobres gentes en querer que aquéllos descendan de sus pedestales y mengüen en el concepto de las venideras generaciones. Tales varones escalaron con valor inusitado las gradas del martirio, dándonos ejemplo de cómo se muere por la patria, o derribaron a sablazos legiones enteras de soldados valerosos que defendían palmo a palmo lo que creían los dominios inalienables de un monarca poderoso.

Las repúblicas latinoamericanas son nacionalidades jóvenes que apenas están poniendo los cimientos de su historia, y si desde ahora, con execrable y antipatriótico criterio, se intenta discutir el derecho que los próceres de la Independencia tengan a la conmemoración del bronce, no sabemos en qué hombres simbolizar los primeros triunfos de nuestra vida soberana e independiente en un siglo de grandísimas penas y sufrimientos. Y es que después de un siglo de emancipación y libertad y vida independiente parece que la idea de la república no se ha reafirmado bien en algunos espíritus, y la efigie sombría de don Fernando VII aún tiene algún escaso número de devotos ocultos y fervientes. ¡Cuán cierto es que muchos pequeños ídolos continúan imponiéndose en las almas mucho tiempo después de que han sido derribados de los poderosos asientos que tenían! Nariño, el severo y noble precursor, el héroe siempre perseguido por el infortunio, dejó grabado su nombre con vividores caracteres en las rocas de Juanambú, y sin el triste desastre de los fatales ejidos de Pasto, el

pendón colombiano hubiera tremolado desde entonces en las faldas del Pichincha. La suerte dispuso otra cosa, y el perenne proscrito debía aún ocultar por muchos años sus tristezas en los calabozos de Cádiz. Tocábale a la República levantar bien alto su estatua en la ciudad de Pasto, donde él le señaló su corazón magnánimo a las iras del fiero vencedor; y cuando el bronce se irguió allí sobre el soberbio pedestal, algunas gentes de Pasto trataron de echar al suelo la imagen del guerrero.

Toda sociedad es un agregado histórico que se enlaza por una parte hasta los más remotos antepasados en el tiempo y en el espacio, y por otra quiere extender su influjo, con la adivinación del futuro, a los más distantes descendientes. Es ésta la razón porque no podemos desvincularnos, ni menos desvincular a la juventud, de las tradiciones legendarias de nuestros héroes, sin que tratemos de apagar con ello el lampo brillantísimo de gloria que, heredado de aquéllos se encierra en nuestras almas. Como dijo el poeta:

«Cuando lanzar un pueblo Dios dispone—en la espléndida senda de la historia—da la señal de marcha; y en la mano—de sus caudillos pone—el pendón que ha de guiarlo, cual un día—mandó sobre Jacob, la parda nube—que, flotando en el aire—fue en el desierto misteriosa guía—y en el velo que al sol en onda suave—desarrollan los céfiros, escribe—con invisible dedo y caracteres—arcanos que leer tan sólo él sabe—cuál su rumbo será, si habrá bonanza—qué tempestad vendrá, la hora de gloria—la hora del cautiverio—la del rescate y de la gran victoria.»

Cuando meditamos no en este o aquel hecho portentoso de la guerra magna, sino en su conjunto extraordinario, el ánimo se siente como apocado ante la grandeza de la obra y los débiles medios de que dis-

ponía para llevarla a cabo. Cada personaje visto aislado del cuadro magnífico en que Dios le señaló su posición, puede tener los defectos del que no logra librarse la decaída naturaleza humana; pero contemplados como parte integrante de un todo luminoso, se advierte que es imposible prescindir de ellos sin que mengüe la unidad incomparable de la grande epopeya.

Con justicia se ha dicho que los muertos mandan, y ay! de la nación en donde no manden sus muertos. Ellos son los que en las horas de recogimientos nos brindan con el pan misericordioso de la meditación; ellos son los que en los días de prueba porque pasa la República acuden a nuestro espíritu con el estandarte de su ejemplo; ellos los que nos confortan para continuar adelante nuestras empresas efímeras comparadas con las suyas, y ellos los que hacen que amenos a nuestros conciudadanos y que en las luchas fecundas de los partidos surja de nuestros corazones la fuente de la benevolencia. Sí, los muertos mandan, y de seguro no habrá nadie que quiera sacudir su yugo, ni que se niegue a escuchar su voz, que llega a nosotros a través de los sepulcros venerandos, ni que pase de largo ante las estatuas de los héroes.

Una nación puede vivir sin gigantescas obras materiales, sin comercio universal, sin diarios políglotos, sin complicadas redes ferrocarrileras; pero no puede existir sin la meta inaccesible de ideales siempre renovados, y sin hombres superiores que hacia ellos les sirvan de guía. El poder de un país está en razón directa de las nobles aspiraciones que muevan al alma colectiva; y en el caso de que los eximios varones que nos precedieron enarbolando brillantes enseñas y alumbrando nuestro camino con faros esplendorosos, ya no tuvieran ningún prestigio en nuestros corazones, sería imposible que nosotros a nuestra vez les comunicáramos

mos a nuestros nietos la enérgica fe que se necesita para cumplir una obra común de enaltecimiento entre varias generaciones. Y aquí viene como anillo al dedo una brillante y hermosa página del R. P. Ramón Ruiz Amado. Las palabras del doctísimo jesuita respiran todo el fuego del patriotismo español, y dicen más que el burdo y tosco tejido de mi discurso:

«Ya podrá ser que haya algo de idolatría en este culto de la gloria patria; ya podrá ser que haya mucho de idealización poética en la pintura que se hace de los héroes antiguos, cuyas figuras crucen y se agrandan a medida que se alejan en la luminosa vaguedad de los siglos. ¿Pero qué importa, si esas imágenes idealizadas se convierten para las generaciones siguientes en verdaderos ideales de virtud y en estímulo de morales hazañas? Pues no tiene la misma fuerza persuasiva un ideal abstracto que un modelo viviente, y más, unido con nosotros con lazos de sangre o nacionalidad, formando con nosotros una entidad moral, y hecho en alguna manera nuestro. Estos ideales históricos tienen la ventaja de presentar, no sólo el deber, como los ideales morales, sino también el poder, pues se trata de hazañas que en efecto se realizaron, y sobre todo, de vestirse del estímulo del amor propio, desde el momento que son algo que nos pertenece.

Ninguna cosa hay, por tanto, más perniciosa e inmoral que prescindir de la tradición, del elemento histórico en la educación de los pueblos. Sólo el odio sectario puede conducir a este exceso. Pero las naciones donde se lleva a cabo son víctimas de él, y quedan desheredadas de la herencia de los siglos, privadas del sentimiento del honor y del decoro, como miseros proletarios sin patria ni hogar, entregados, sin la fuerza ideal de los altos pensamientos, a las luchas materia-

les por la existencia y al placer de los sentidos» (1).

Las estatuas de los héroes son una obra de solidaridad nacional. No se puede decir que pertenecen a este o a aquel pueblo, a este o a aquel partido, sino que nos atañen a todos, porque ellas son las representativas de una tendencia, de una idea, de una aspiración que animó un momento siquiera las páginas de la historia patria. La religión tiene sus santos y sus mártires a quienes veneramos en los altares porque aspirando a imitar ese modelo de infinita belleza moral que se llama Jesucristo, participaron aunque en un ínfimo grado de la Suma Perfección, y a su vez nos sirven a nosotros de modelo. La República tiene también sus héroes, sus santos, sus mártires y su calendario, y cuando alzamos sus efigies en las plazas públicas es para que sirvan de pauta y dechado a todos los que aspiran a ilustrar su nombre ejerciendo el bien y la justicia.

Los monumentos patrióticos son una perenne lección objetiva que no les deja olvidar a los pueblos sus más caras tradiciones. La lección de historia patria aprendida en un libro rígido y frío como una cartilla de logaritmos, o dictada por un maestro que no se la hubiese asimilado o que cuando menos no creyese en la eficacia de ella, es muy probable que fuese un enojoso entretenimiento así para los maestros como para los discípulos. Las fiestas nacionales con sus guirnaldas de laureles y mirtos arrojadas al pie de los pedestales

(1) P. Ramón Ruiz Amado. *La educación moral*. Al R. P. Ruiz Amado se le debe la popularización de las doctrinas pedagógicas de Herbart. Este eminente expositor ha llevado a cabo una verdadera transformación en los modernos métodos didácticos, dando a la estampa numerosos libros, los cuales sirven hoy de base a la cátedra de didáctica en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Algunos de los conceptos de este libro son inspirados por el estudio de la obra del eminente jesuita.

reviven de año en año el espíritu patriótico y no dejan que nos olvidemos de los gloriosos tiempos pretéritos, en el vaivén continuo de los bajos intereses de la vida.

Però si las estatuas en una figura particular y concreta representan la realización de un anhelo nacional y excelso, también son el resumen y síntesis de la obra de una serie de luchadores animosos, a los cuales honramos en una sola persona, de la misma manera que en nuestra admiración por las máquinas perfectas de la industria moderna, le rendimos homenaje a los silenciosos trabajadores que en una larga línea de intentos felices unos y fracasados otros, contribuyeron al último sorprendente resultado.

Y no sólo con las conmemoraciones del bronce reciben culto los varones ilustres a quienes se les deben grandes bienes en favor de un pueblo o de una raza, sino que por contragolpe se ejercen con ellas sanción justiciera sobre los hombres malvados que dejaron un recuerdo odioso en la memoria de la humanidad. Cuando contemplamos la estatua de Caldas o el busto admirable de Camilo Torres, rememoramos al duro español que en todo el año de 1816 hizo caer al tajo de su cuchilla las más pensadoras cabezas de Nueva Granada; y no podemos pasar delante de la efigie de Policarpa Salabarrieta sin traer a la memoria al fanático virrey que no respetó ni aun a esta joven infortunada, a quien un amor puro había servido como de cauce para que por él corriera como fuente inagotable el sentimiento de la patria.

Gracias a nuestros discursos «veintijuleros» en los cuales todos los años ensayamos nuestras dotes oratorias; gracias a los niños de las escuelas que con sus cantos patrióticos ascenden nuestro amor a los próceres; gracias a todo esto, aún no se ha agotado por completo el caudal de nuestro patriotismo.

En la capital de la República y en otras ciudades importantes el sentimiento popular ha erigido magníficas estatuas en homenaje a los héroes y mártires de Colombia, y los maestros de escuela no deben olvidar que sobre estas imágenes venerandas, así como sobre las muchas inscripciones históricas que hay en las calles y edificios públicos, deben versar sus conferencias cuando quieran, como deben, hacer conocer a los niños la ciudad en donde viven o en donde nacieron. Los monumentos patrióticos son la base más útil para esta clase de lecciones objetivas, y en Bogotá no se han implantado, como se debe, ni en grande ni en pequeña escala.

¡Cuán grandes y fructuosas lecciones se derivan no más de la contemplación de las dos distintas etapas de la vida de Bolívar representadas la una por Fremiet y la otra por el inmortal Tenerani! La estatua de Fremiet, de carácter dinámico, sugiere a nuestro espíritu al Héroe en la plenitud de sus fuerzas físicas y en su grandeza incomparable de guerrero. Firme sobre el ardiente y sumiso bridón, que alza la hermosa cabeza en escorzo oyendo los toques del clarín y los primeros estampidos del cañón, señala el Libertador con su radiante espada las huestes enemigas que avanzan en ordenadas falanjes. Ni una sombra de desaliento sobre su frente; la fe llena su corazón que arde como una ascua de fuego. Los destinos de América pesan sobre sus hombros. Un mundo está pendiente de la punta de su espada, y Dios que le ha confiado una misión providencial, protege, alienta y fortalece sus legiones para el combate. Así entrevió Olmedo al Libertador:

«Preñada en tempestades le rodea—nube tremenda; el brillo de su espada—es el vivo reflejo de la gloria—su voz un trueno; su mirada un rayo.»

En torno del Bolívar de Tenerani reina un silencio

sepulcral. Las tinieblas de un profundo desconsuelo ensombrecen la frente antes radiosa del Libertador. Envuelto en la capa como en un manto griego, apenas puede sostener la caída espada que está pendiente de su diestra. Todo ha sido consumado. Un paso más y la tumba se habrá abierto para el héroe, y la posteridad empezará a dictar su fallo. El artista

«No en raptos de heroísmo—no en vértigo de triunfos y esplendores—admiró tu grandeza. El a tí mismo—te miró en el abismo—de recónditas luchas y dolores.»

Pero vencido o vencedor, Colombia, la nueva Colombia, le ha rendido un culto profundo, sagrado y sincero a Bolívar, ya en las épocas de gloria, en que como otro Reinaldo, según dijo el poeta, se adurmió

«Del Rímac en las márgenes floridas,»

ya en las horas solitarias de la hacienda de Fucha, en que con los brazos cruzados sobre el pecho recorría, moribundo y decepcionado, las verdes y tristes orillas del riachuelo.

La federación, el ruidoso, demagógico y a veces simiesco período de veinticinco años que precedió a lo que se conoce con el nombre de Regeneración, época ésta de frío y melancólico escepticismo, fue un tiempo de fe religiosa y democrática, y de amor a la República y a la Patria; y ese período, no bien comprendido todavía, es sin embargo digno de consideración y estudio a la luz de un criterio juicioso y sereno. Tocóle a la Federación el Centenario del natalicio del Libertador, y lo hizo con tan grande e inusitada pompa, que el recuerdo no se ha borrado aún en los que entonces lo presenciaron. El parque llamado del Centenario fue obra de la República Federal, y cuando se proyectó el gracioso y magnífico templete que hoy se eleva en ese parque tal vez nadie pensó en que la obra de los hombres podría destruir esa severa fábrica, ni en

que su cúpula se cubriría de líquen, ni en que nuestra dúctil piedra de labor se desmoronaría al influjo de la lluvia y los años. Y si la veleidat de las cosas lograra humillar el hermoso templete, bastaría para la gloria de Bolívar que se conservara de él la grave inscripción latina con que don Miguel Antonio Caro decoró la columna central que sirve como de eje al monumento:

«Simoni Bolívar.—Liberatori.—Gens Colvmbiana.—Hoc Monvmentvm—Incohatvm—Anno MDCCCLXXXIII.—Nominis Majestate Verendvm—Populari Pietate Servandvm—Raphaele Núñez.—Reipublicae Tetrvm Praeside—Perfectvm Sacravit.

Anno MDCCCLXXXIII.»

El Centenario de 1910 también se celebró con entusiasmo y solemnidad, debido todo, o casi todo, a la iniciativa privada; y si el Gobierno de entonces apenas a última hora tomó parte activa en él, no lo hizo de mala voluntad. Efímeras obras señalan en el nuevo parque el recuerdo que esta generación apocada dejó de su amor a la libertad y a la República; pero más tarde, cuando una a una hayan desaparecido, quedarán unas cuantas estatuas que marcarán más brillante rumbo a otras generaciones más afortunadas que la nuestra.

Quedábanos por celebrar el Centenario de Boyacá, ese hecho grande y decisivo para los destinos de la América Latina, y la Academia de Historia, el centro más útil, ilustrado y patriótico de la capital, propuso que en conmemoración de ella se elevara un sencillo y severo Arco triunfal. Las Asambleas y las Municipalidades de toda la República se apresuraron a crear fondos para tan bella y justa obra nacional; sin embargo, los tiempos eran otros, y una parte de la juventud, educada a la luz de otro criterio, quizás más práctica, pero menos republicano, levantado y generoso,

se opuso a la erección de aquel arco. La Academia, vencida al fin por el pedestre juicio de unos pocos, tuvo que ceder con dolor y devolver las sumas colectadas; y como consecuencia de todo esto, del Centenario de la Batalla de Boyacá no quedará en la capital de Colombia ni la más leve huella, ni una piedra tallada, ni un túmulo de arcilla; y para que se vean los argumentos que se invocaron en contra del Arco triunfal, reproducimos un concepto de un diario conservador de Bogotá:

«EL ARCO TRIUNFAL»

«No por espíritu de contradicción, ni por prurito obstruccionista, vamos a dejar constancia de nuestro voto negativo al proyecto que con laudable entusiasmo patriótico ha elaborado la Academia de Historia, docta entidad en su ramo, pero un tanto distanciada de los problemas que atañen al embellecimiento de la ciudad y demasiado optimista en cuestiones económicas.

«Nuestra misérrima, nuestra defectuosa capital va a sorprenderse mucho cuando vea que sus hijos van a adornarla con un arco triunfal de problemática ejecución, antes de dotarla de alcantarillas, de mataderos, de plaza de mercado, de hospitales racionales, de cárceles, de edificaciones escolares, de pavimentos, y sobre todo, antes de haber canalizado los inmundos arroyuelos que la recorren en toda su extensión. ¿Qué vamos a hacer con un arco triunfal en momentos en que la ciudad confronta los más agudos problemas de higiene, de ornato, de seguridad, precisamente cuando la pobreza de los erarios públicos ha llegado a culminar en algo verdaderamente pavoroso? Es imposible honrar a los próceres de esta manera; para honrarlos dignamente es preciso ejecutar obras de progreso, no de estancamiento; día llegará, ojalá sea pronto, en que podamos

dedicar a los próceres un monumento soberbio que perpetúe su gloria y nuestra gratitud. Mas por ahora un arco triunfal hecho necesariamente con economía, nos resulta triste. El fin guarda en este caso una colosal desproporción con los medios.

«Y es seguro que ahora nos motejarán de Sanchos y burgueses! Puede ser; pero los tiempos que corren son muy poco a propósito, desgraciadamente, para el 'quijotismo sentimental'. La culpa es de Joffre y de Hindenburg.»

No, señores! Los grandes movimientos que para bien de la humanidad realizan los pueblos, no se conmemoran con albañales ni cloacas. Si sólo para levantar obras materiales se hubiera vertido a torrentes la sangre colombiana, flaco servicio le habrían prestado los próceres a la América Latina, ya que España, en cambio de montes y ríos de oro, nos dejó muchas obras de progreso, puentes y caminos, y es seguro que a la postre hubiese tratado de crearnos comercio e industrias propias. Hasta los fabricantes de galletas de *Huntley and Palmers* alzaron una estatua al fundador de su fábrica! Creyeron sus devotos sin duda en la eficacia de arte para perpetuar la memoria de un empresario británico. A los varones eximios, a los acontecimientos extraordinarios de una nación no se les puede aplicar el estrecho criterio que venimos censurando. El hombre aún no podía subvenir a sus propias necesidades cuando sobre la puerta de su huta colocó el salvaje la recia maza de sílex con que uno de sus abuelos venció a su rival, menos afortunado, y los dólmenes señalan los hechos gloriosos de los más antiguos pueblos a su paso por la tierra.

No sabemos qué doloroso escepticismo está invadiendo el alma de la juventud; pero es lo cierto que no sólo está en grandísima decadencia el sentimiento

patriótico, sino que se ha perdido la confianza en la eficacia misma de la República para el bien. ¿A qué se debe este fenómeno? No lo sabemos. En Venezuela, para no hablar sino de nuestra vecina, está vivo el amor a las glorias nacionales, y en Caracas se ostenta un magnífico panteón para los grandes héroes de esa República, sin que manos impías traten de profanar las estatuas que lo decoran.

Muy poco es lo que se puede esperar de una generación corroida por el pesimismo, y el trasunto más exacto y completo de esta desconsoladora enfermedad del alma está en la poesía de la juventud contemporánea. No hay una sola nota robusta y ardiente en toda la lírica colombiana de los últimos años. Los poetas nacen y desaparecen como las hojas de los árboles en el breve transcurso de la primavera al otoño, y casi nada va quedando de estos cantos de un día. Los actuales poetas no son ahora, como se dijo en otro tiempo, pajaritos que gorjean en el árbol de Víctor Hugo, sino macilentos y pésimos imitadores de «Las flores del mal.» La decrepitud anticipada, el descontento malsano, el hastío de refinados placeres verdaderos o fingidos hacen de nuestra poesía una enfermiza planta de acres y penetrantes olores, en la cual prevalece un solo color, de manera que sería obra de crítica muy sutil y difícil distinguir a un poeta de otro. Los cantos patrióticos, la alegría de los espíritus vigorosos, el placer de vivir en lucha incesante, la fe hermosa y fecunda en los triunfos del hombre está desterrada de los perezosos versos de ahora, en cuya factura los poetas han puesto la semi-inconsciencia o el ensueño borroso de los infelices vencidos por un ataque de opio.

LUIS MARIA MORA